

LIBROS

Styron: un gran novelista americano



Ya está aquí la gran narrativa norteamericana de la postguerra. Algún día se dirá —hace falta un crítico con talento que lo constata, una Gertrudis Stein, por ejemplo— que esta nueva promoción, ya bien asentada en su país, ya bien enraizada y de extensa influencia en el nivel cultural —nombres cantan: Salinger, Updike, Mailer, Albee, etc. (los sucesores no ya de Hemingway, como alguna vez anotamos, sino de Saroyan, de la generación pseudo-surrealista de los años treinta)—, algún día se dirá, repetimos, que todo este conjunto de nombres que componen la nueva promoción ha constituido la conciencia de su pueblo, su coartada histórica, por haberlos proporcionado una imagen más real de la vida cotidiana yanqui, sin misiles, pentágonos, ni magnicidios; sin esa cara negra, siniestra, torva, que nos enseña los Estados Unidos desde su guerra con nosotros, los españoles, la primera guerra imperialista, como se sabe. También integran los Estados Unidos estos personajes de la «Larga marcha», de Styron —el más violento alegato contra el militarismo y la guerra que uno haya leído en muchos años—, también los personajes mínimos de Saul Bellow, o esos otros de la O'Connor, que quieren salvarse a toda costa, que persiguen la felicidad aquí y ahora —felicidad que es un pájaro raro, siempre huidizo y de alas ágiles para escapar—. También estos mundos pequeños, rurales o urbanos, forman Norteamérica y no debemos olvidarlo. ¿Por qué insistir en esto? Porque, realmente, a menudo se olvida.

Bueno, aquí está la gran narrativa americana de esta coyuntura. Y aquí está su gran libro, tan superior en altura al que, por una publicidad bien desencadenada, todos leyeron el año

pasado, aquel «A sangre fría», con un truco constitucional espeluznante y una crítica de fondo bastante discutible. Este que ahora nos llega es un libro de otro orden. El libro de un escritor comprometido en serio con su sistema de referencias, el gran libro de un gran escritor. Aunque el Premio Pulitzer no lo avalase, el lector más discreto, más modesto, descubriría su importancia. ¿Por qué? Porque este libro —«Las confesiones de Nat Turner», de William Styron, Editorial Lumen, Colección Palabra en el Tiempo— revelaría el formidable talento de un escritor, si éste no estuviera ya sólidamente conformado (y pensamos sobre todo en la «Larga marcha», narración ya citada). «Las confesiones de Nat Turner» son historia, sociología, política y estética en una síntesis pocas veces tan plenamente lograda. Nadie podrá decir, sin embargo, que éste es un libro político, a secas, o solamente un alegato: por el contrario, es un libro complejo, en cuyo contenido se interfieren múltiples factores, una obra de ficción donde, no obstante, está presente la historia en cada página, un relato, diríamos gratuito, donde, sin embargo, asoma la responsabilidad por el destino de una raza esclavizada en cada línea. Esta trágica anécdota, informada de un fanatismo justiciero teñido de espíritu supersticioso, pseudo-religioso, de la rebelión de Nat Turner en 1831 —precedente de las nuevas corrientes, más serenas (o más violentas a veces, pensemos en el «Black Power») —, da lugar para el desarrollo de una narración apasionante, bella, de una crudeza en pocas ocasiones tan abierta, franca, sincera y frontal.

Saludamos con satisfacción la entrada de William Styron en nuestro mundo cultural. Con él —con su mejor y más hermosa obra— nos llega, ya lo dijimos, la nueva narrativa yanqui, con su crítica en profundidad, su ausencia de prejuicios, su modestia —tan compensatoria del imperialismo político-militar—, su reconocimiento sin reservas de los vicios que corren las bases de aquella sociedad, su saludable afán de conocerse por dentro viéndose en el espejo, mejor en la radiografía, de sus autores de más talento, como este William Styron, nacido en 1925, cuando ya funcionaba, en plena marcha, toda una generación que luego «se perdió». Estos, los Styron, ganaron lo que los otros perdieron: una conciencia lúcida de la auténtica realidad norteamericana. No se fueron lejos en busca de aventuras más o menos discutibles o disparatadas. Ahondaron en su contorno y comprobaron sus lacras y también —¿por qué no?— sus virtudes. De esta raza de escritor es William Styron, que, con su flamante Premio Pulitzer, «Las confesiones de Nat Turner», nos viene a mostrar el gran nivel alcanzado por las nuevas letras estadounidenses. ■ E. G. R.



WILLIAM STYRON

Néstor Luján cesa en la dirección de «Destino»



Después de veintiséis años de actividad profesional en «Destino», once de ellos como director, don Néstor Luján se ha visto obligado a abandonar su dirección. Al rechazar el Tribunal Supremo el recurso de casación contra la sentencia del Tribunal de Orden

Público, en la que se condenaba al señor Luján a una pena de ocho meses de prisión menor y multa de diez mil pesetas, como autor de un delito de propaganda ilegal, el hasta ahora director del semanario catalán —en cumplimiento del artículo 36 de la Ley de Prensa e Imprenta— queda imposibilitado para asumir cargos directivos en la profesión periodística. La condena le fue impuesta por una carta publicada en la sección «Cartas al director» del número 1.577, correspondiente al día 28 de octubre de 1967 titulada «El catalán se acaba», en la que el Tribunal apreció la existencia de hechos constitutivos de un delito de propaganda ilegal. Defendió al procesado el letrado y antiguo colaborador de «Destino», don Manuel Jiménez de Parga. Al señor Luján le sucede como director en funciones el hasta ahora subdirector de la revista, Xavier Montsalvatge Bassols. Don Néstor Luján es el primer periodista español que cesa en el cargo en aplicación del artículo 36 de la Ley de Prensa e Imprenta, que dice: «Los condenados por delito doloso, no rehabilitados, salvo que se hubiese apreciado como muy cualificada la circunstancia de preterintencionalidad en los delitos contra las personas».

La caza del indio

«Hasta ayer, para exterminar a los indios, bastaba con recoger en los hospitales ropa de apesados y dejarla luego por los senderos utilizados por los indios, no sin antes haber puesto algunos regalos al lado como cebo», escribió en cierta ocasión Levi-Strauss. Hoy en día los métodos son más radicales.

En 1964, cuenta Mino Monicelli en el «Espresso», la pequeña tribu de los Remo (en la región de Rio Ucayali, en el Perú) se negó a abandonar la zona atravesada por la ruta interamericana: fueron desalojados a base de napalm. En 1968, en la región Madre de Dios (Perú), agentes de compañías de petróleo acabaron a tiros con los indios jainakua, que no querían desalojar la zona. En el Vaupés, las aldeas de Sana fueron incendiadas y los niños de la tribu Macu fueron secuestrados para ser sometidos a un «proceso de educación». Se distribuyeron entre los indios tapayuna, del Mato Grosso, saquitos de azúcar empapados en arsénico.

Los jóvenes y el matrimonio

Según estadísticas oficiales británicas, publicadas en «Getting Married», el matrimonio se ha convertido en una institución tan atractiva para los jóvenes que, en la actuali-

dad, el 80% de los contrayentes cuentan menos de veinticinco años.

Una de las consecuencias más importantes de estos matrimonios precoces es la ociosidad obligada de las mujeres de cuarenta. Las jóvenes novias se convierten muy pronto en jóvenes madres y se encuentran prácticamente desocupadas cuando el último de los hijos es ya capaz de ir a la escuela solo. Entonces se encuentran con que tienen media vida por delante, lo que plantea, por regla general, graves problemas de reconversión.

La siglomanía

Hace unos días Criado de Val comentaba, en su sección lingüística de la TVE, la manía de los siglas. Seguramente no había llegado aún a su conocimiento la que, por el momento, parece la más extravagante de todas. Una asociación que acaba de crearse en París con las siglas de FURPPFACRDIPVGGP. Corresponde al nombre completo de la entidad, a saber: Federación Unida de Resistentes de la Prefectura de Policía-Federación de Antiguos Combatientes, Resistentes, Deportados, Encarcelados, Gubernativos, Prisioneros militares y Víctimas de Guerra de la Prefectura de Policía de París. El objetivo de esta agrupación es más sencillo que su nombre: agrupar a quienes participaron en la rebelión de la Policía de París contra la ocupación nazi.



COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Cifra y Archivo.